SOBRE LA IDEALIZACIÓN

Fernanda Clavel De Kruyff.

Universidad Autónoma Metropolitana. Iztapalapa.

Es frecuente encontrar en la clínica pacientes que emplean la idealización como un mecanismo de defensa que tiende a provocar una distorsión de la realidad. Por ello es importante intentar su comprensión y analizar las vías terapéuticas que permitan abordar este mecanismo. Es por estas razones que en este artículo pretendo hacer un breve análisis sobre el proceso psíquico de la idealización desde un punto de vista psicoanalítico. En la primera parte lo hago desde el modelo freudiano, en la segunda parte desde el modelo kleiniano. Tomo como referencia un caso clínico para ilustrar la aplicación de ambos modelos.

1. En *Introducción al Narcisismo*, Freud define la idealización de la siguiente forma:

> La idealización es un proceso que envuelve al objeto; sin variar de naturaleza, este es engrandecido y realzado psíquicamente. (Freud, 1914, p. 91)

Freud ofrece un ejemplo: la sobreestimación sexual del objeto; éste es el caso del enamoramiento.

Freud da la definición anterior de la idealización en un contexto en el que está tratando la naturaleza del narcisismo. Considera que durante su desarrollo, el infante atraviesa por una etapa de narcisismo primario en que se toma a sí mismo como objeto de amor. Esto significa que la libido, o energía sexual, se deposita inicialmente en el sí mismo, se trata entonces de libido yoica. Posteriormente el sujeto cede la libido a los objetos externos, primordialmente a la madre, de cuyos cuidados el niño depende para cubrir sus necesidades. Tenemos aquí la libido objetal.

En el mismo trabajo de *Introducción al narcisismo*, Freud se pregunta qué pasa con la libido yoica cuando el adulto amortigua el delirio de grandeza,

característico del narcisismo primario, y señala que el sujeto erige en su interior un y*o ideal* en el que:

> Recae ahora el amor de sí mismo que en la infancia gozó el yo real. El narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas […] Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal. (*ibidem*.)

De esto puede inferirse que, cuando el narcisismo infantil cede durante el desarrollo, la libido yoica se deposita ahora en el yo ideal.

Cuando Freud introduce la definición de idealización lo hace para mostrar, según mi interpretación, una distinción conceptual entre idealización y sublimación. La formación del ideal del yo corresponde justo a una idealización y no a una sublimación (*cf. ibidem*.). Mientras que la primera se refiere a la sobreestimación del *objeto*, la sublimación atañe a la *pulsión*, pues en la sublimación la pulsión se desvía a una meta no sexual.

El ideal del yo es la instancia psíquica en que Freud localiza las perfecciones valiosas que a su vez promueven la sublimación, pero que no la garantizan. Dice Freud:

> La sublimación sigue siendo un proceso especial cuya iniciación puede ser incitada por el ideal, pero cuya ejecución es por entero independiente de tal incitación. En los neuróticos, precisamente, encontramos las máximas diferencias de tensión entre la constitución del ideal del yo y la medida en que sublimaron sus pulsiones libidinosas primitivas (*ibidem*.)

Mientras que la sublimación no favorece la represión, la formación del ideal sí lo hace, de manera que la formación del ideal puede contribuir a la causación de la neurosis en tanto la sublimación no. (*cf. ibid*. p. 92).

Me parece que por ello Freud señala que:

> Los idealistas son mucho más reacios que los hombres de modestas miras a convencerse del inadecuado paradero de su libido (*ibidem.*)

Interpreto esto así: en general los idealistas, a diferencia de los hombres que no tienden a la sobreestimación de los objetos, tienen mayor dificultad en admitir que es precisamente en esa sobrestimación del objeto donde se ha colocado su libido.

Hasta aquí, Freud ha vinculado la idealización a dos ejemplos paradigmáticos: el enamoramiento y el ideal del yo. En el primero se sobreestima al objeto externo, en el segundo se sobrestima aquello que sirve al yo como modelo y con lo que se compara. Además, mediante el ideal del yo se ha establecido un vínculo entre idealización y narcisismo, de tal forma que en ambos está presente una sobreestimación.

Recurramos ahora a un caso clínico para ilustrar la idealización.

P. es un hombre de 31 años. Viene a terapia porque desea tener pareja. Nunca ha tenido relaciones sexuales ni relación de pareja alguna. Fantasea relaciones con mujeres que conoce pero se mantiene alejado idealizándolas. Las considera maravillosas, admirables, llenas de virtudes, pero no se siente digno de su amor. Esto le causa un profundo dolor.

Generalmente fija su atención en mujeres que por diversas razones le son inaccesibles. Por ejemplo están casadas o no muestran interés en él. Llegó a enamorarse profundamente de una de estas mujeres sin mantener una verdadera relación con ella. Su relación se limitaba a un encuentro casual y a algún intercambió esporádico de palabras. Sin embargo, durante un tiempo prolongado su vida estuvo regida por los sentimientos puestos en su amada. Ya que él no pudo llamar la atención de esta mujer sufrió enormemente.

Cuando P. tiene oportunidad de relacionarse con alguna mujer, inmediatamente la devalúa pensando que no se ajusta a su ideal de mujer. P. se devalúa a sí mismo constantemente y busca aislarse del mundo. Para lograr esto último pasa muchas horas frente al televisor.

Las interpretaciones que puede darse a estos datos clínicos son muy variadas, sin embargo, el interés de exponer este caso es ilustrar una de las formas en que puede presentarse el proceso psíquico de la idealización.

Los elementos que destacan en el caso de P. son: la idealización, es decir la sobrestimación de sus objetos amorosos; su autodevaluación y su inhibición sexual.

¿Qué relación existe entre estos factores?

Si se emplea lo dicho hasta ahora, cabe señalar que P. no ha llevado a cabo una sublimación sino una idealización de sus objetos amorosos. Esto es así porque la inhibición de la sexualidad de P. habla de una represión de sus investiduras amorosas y, como vimos, la sublimación no favorece la represión, en cambio sí hay un vínculo entre represión e idealización.

Por otra parte, Freud establece una relación inversamente proporcional entre enamoramiento y devaluación del sí mismo: a mayor enamoramiento, mayor devaluación del sí mismo. Dice Freud:

> es fácil observar que la investidura libidinal de los objetos no eleva el sentimiento de sí. La dependencia respecto del objeto amado tiene el efecto de rebajarlo; el que está enamorado está humillado. El que ama ha sacrificado, por así decir, un fragmento de su narcisimo y sólo puede restituírselo a trueque de ser amado (*ibid.*, p.94)

Ya que P. no se permite establecer relaciones reales sino solamente idealizadas, el amor a sí mismo no puede ser restituido por una correspondencia del objeto amado, de ahí su devaluación.

Freud añade:

En el caso de la libido reprimida, la investidura de amor es sentida como grave reducción del yo, la satisfacción del amor es imposible, y el re-enriquecimiento del yo sólo se vuelve posible por el retiro de la libido de los objetos. (*ibid.*, p. 96)

Esto explicaría el aislamiento de P.; la reducción de su autoestima trata de compensarse con la falta de contacto social.

Aunque el caso expuesto y la explicación están sobre-simplificados, puede decirse que la explicación freudiana es básicamente de tipo económico. La libido ocupa el lugar protagónico en ella. Esta energía sexual se distribuye y redistribuye entre el yo y el objeto amoroso; cuando éste último se idealiza el yo se devalúa, y si a esto agregamos la represión sexual, el sujeto termina aislándose del mundo.

Freud completa este cuadro al señalar que en el caso de un amor inalcanzable, el objeto se coloca en el ideal del yo (*cf. ibid*. p. 107). Esto significa que al objeto puede aplicarse ahora lo que se dijo antes de esta instancia psíquica, es decir, ahora recae en él el amor del narcisismo primario.

Freud se refirió a dos formas en que una persona puede amar (*cf. ibid*. p. 87).

1) De acuerdo al tipo narcisista:

a) a lo que uno es (a sí mismo)

b) a lo que uno fue

c) a lo que uno querría ser, y

d) a la persona que fue una parte de sí mismo.

2) De acuerdo al tipo de apuntalamiento:

a) a la mujer que la alimentó

b) al hombre protector.

Si se considera que P. ha puesto al objeto de su enamoramiento en el lugar del ideal del yo, y dado que éste ha ocupado el lugar del narcisismo primario, puede decirse que en realidad P. tiene hacia este objeto un tipo de amor narcisista. En el fondo, los amores ideales de P. tienen un profundo centramiento en sí mismo y así lo confirma Freud cuando explica que:

> aún en muchas formas de elección amorosa salta a la vista que el objeto sirve para sustituir un ideal del yo propio, no alcanzado. Se ama en virtud de perfecciones a que se ha aspirado para el yo propio y que ahora a uno le gustaría procurarse, para satisfacer su narcisismo, por este rodeo (1921, p. 106)

A diferencia del amor narcisista, el amor por apuntalamiento no se centra en el sí mismo sino en los objetos que alimentaron y cuidaron al niño. Considero que este último tipo de amor no tiende a la idealización por lo que es justamente el que no está presente en P.

Esta segunda explicación de los amores idealizados de P. rebasa los aspectos económicos de la energía libidinal y se funda más en aspectos del vínculo infantil con sus objetos.

Me parece que, dada la primera explicación en términos de economía libidinal, el tratamiento de P. y de su mecanismo de idealización debería enfocarse, desde un punto de vista freudiano, en levantar la represión y en analizar el conflicto entre el impulso sexual y la defensa. En cambio, si se opta por la segunda explicación, habría que averiguar por qué se produjo un tipo de amor narcisista y no uno por apuntalamiento. En esta línea están las propuestas de H. Kohut en sus estudios sobre el narcisismo. (Ver por ejemplo Kohut, 1984)

Pasemos ahora a un punto de vista postfreudiano sobre la idealización, el modelo kleiniano.

2. Melanie Klein tiene un modelo distinto para explicar el proceso de idealización.

Ella no acepta el narcisismo primario de Freud, ni pone el acento en la redistribución de la libido ni en la represión, sino que atiende a otros elementos, tales como: las pulsiones de vida y muerte, los procesos de escisión de la mente, la proyección, la introyección, la angustia persecutoria, etc.

Klein no acepta el narcisismo primario pues considera que no hay procesos psíquicos anobjetales, ni siquiera en la temprana infancia. (Ver Bleichmar y

Leiberman, 1989, p. 141). Por el contrario, existe una complicada red de relaciones entre el bebé y los objetos externos a través de los procesos de proyección e introyección.

El bebé pasa por dos etapas o posiciones: la esquizo-paranoide y la depresiva. La primera se caracteriza por lo siguiente:

1) el bebé concibe únicamente objetos parciales.

2) predomina una angustia de desintegración. El yo primitivo del bebé se siente en peligro de desintegración, de muerte.

3) El yo inicial del bebé se defiende haciendo uso de mecanismos de defensa primitivos. Uno de ellos es la escisión de los objetos y de sí mismo. Otro ejemplo es la idealización.

En cambio, la posición depresiva se caracteriza por:

1) el bebé puede concebir objetos totales.

2) predomina un sentimiento de culpa de tipo depresivo. El primitivo yo del bebé se ha fortalecido y es capaz de tolerar mejor la frustración y la angustia.

3) Se emplean mecanismos de defensa como la reparación de los objetos.

Aunque estas etapas son vividas durante la infancia, en el adulto prevalecen formas de funcionamiento mental que pertenecen a estas etapas.

Me parece que éste es el caso de P., quien parece tener muchas características propias de la posición esquizo-paranoide. Me detendré en la descripción de lo que sucede en esta etapa para poder explicar después lo que sucede con P.

Durante la posición esquizo-paranoide (Ver Segal, 1977, pp 29-42), el bebé es presa de las pulsiones de vida y muerte que producen en su yo primitivo experiencias de integración y desintegración. Cuando el bebé siente en su interior la pulsión de muerte, sufre de una terrible angustia de desintegración y muerte que sólo soporta proyectándola hacia el exterior. La pulsión de muerte no sólo produce

angustia, sino que se expresa en odio y en actitudes sádicas hacia los objetos externos. Por ejemplo, el bebé puede tener un sentimiento agresivo y destructivo cuando mama o cuando defeca. Mediante la proyección de la angustia y el odio al exterior se crea el primer objeto malo externo. Ya que este objeto malo es depositario de la angustia y odio del bebé, es vivido persecutoriamente, es decir, como un objeto hostil que lo ataca.

Por otra parte, el yo primitivo del bebé también proyecta la pulsión de vida en un objeto que le ayude a conservar la vida, creando con ello un objeto bueno externo.

La creación de objeto bueno y malo no depende sólo de las pulsiones de vida y muerte, sino también del impacto de la realidad externa. El alimento, el cuidado y el amor de la madre externa se fusionan con el objeto bueno, mientras que la privación y el dolor con el objeto malo.

La multiplicidad de experiencias placenteras y displacenteras lleva a la construcción de múltiples objetos buenos y objetos malos, de tal forma que para el bebé no existe al principio un único objeto externo integrado, mamá por ejemplo, sino sólo objetos parciales (Ver Hinshelwood, 1989, p. 452).

El bebé mantiene separados objetos buenos de objetos malos mediante el mecanismo de escisión, para poder enfrentar la angustia de fragmentación. Esta escisión entre bueno y malo, aunque elemental y poco acorde con la realidad, permite introducir un orden primitivo que es preferible al caos y la desintegración.

El problema de la escisión es que los objetos han quedado separados, lo que tiene como consecuencia que no haya puntos intermedios y que los objetos buenos sean totalmente buenos y los malos absolutamente malos. Además, cuando la angustia de fragmentación aumenta, ya sea por motivos pulsionales o de frustración externa, tiende a proyectarse en los objetos malos, de modo que éstos aumentan a su vez el sentimiento de persecución. Para compensar esta situación, los objetos buenos tienden a idealizarse.

Bleichmar y Leiberman definen así la *idealización kleiniana*:

> Es un mecanismo característico de la posición esquizo-paranoide. Se aumentan los rasgos buenos y protectores del objeto bueno o se la agregan cualidades que no tiene. Constituye una defensa del yo para protegerse de una excesiva persecución, manteniendo a la vez la disociación entre objetos idealizados y persecutorios. Por lo tanto, siempre que haya en un paciente necesidad de idealizar, se estará protegiendo de un sentimiento de angustia. (Bleichmar y Leiberman, 1989, p. 121)

Apliquemos el modelo kleiniano al caso de P. La idealización que él hace de sus objetos amorosos está protegiendo a P. de un sentimiento de angustia y también de sus objetos malos persecutorios. En efecto, P. es presa tanto de constantes sentimientos de angustia como persecutorios; generalmente se siente criticado por las personas que lo rodean. De acuerdo al modelo kleiniano, la angustia de aniquilación de P. es tan grande que parte de ella ha sido proyectada en estas personas. También ha proyectado en ellas sus sentimientos de odio y agresión, es por ello que P. se siente constantemente amenazado por las personas con las que convive.

P. tiene un yo sumamente frágil, a tal grado que cuando tiene experiencias desagradables donde se vive observado y reprobado por los demás, señala que “se siente como una copa de cristal que se ha roto en mil pedazos”. Esta experiencia remite a la sensación de fragmentación de la que habla Klein. Para contrarrestarla, P. construye objetos idealizados, como son las mujeres a las que idealiza, exagerando sus rasgos positivos o atribuyéndoles cualidades que no poseen.

El mecanismo de escisión permite explicar también por qué P. es tan extremista en sus juicios, para él las personas son ganadoras o perdedoras, las cosas están bien o mal hechas, no hay puntos intermedios.

Cabe señalar que los procesos de escisión afectan no sólo a los objetos externos, sino que también escinden al sí mismo. Esto sucede porque partes del

yo se proyectan al exterior en los objetos buenos y malos, y también porque el yo lleva a cabo procesos de introyección, tanto de objetos buenos como malos. El yo mantiene una separación de ellos tanto en el exterior como en su interior para salvaguardar un orden mínimo primitivo que enfrente al caos. Es por ello que P. no sólo mantiene una escisión de los objetos externos en buenos y malos, sino también una escisión de sí mismo.

El proceso de escisión lleva a P. a colocar lo bueno en las personas a las que admira y lo malo en él, por eso admira como perfectas a las mujeres que ama y se vive a sí mismo como totalmente devaluado.

Desde el punto de vista del modelo kleiniano, P. se encuentra en una estructura mental de tipo esquizo-paranoide, donde predomina la angustia persecutoria y la escisión entre objetos persecutorios y objetos idealizados. Esta estructura se encuentra condicionada fundamentalmente por dos factores: a) la intensidad de la pulsión de muerte de P. que se expresa en sentimientos de angustia y odio, y b) el acontecimiento de sucesos reales tempranos de frustración que pudieran haber incrementado estos sentimientos. Ambos factores habrían contribuido a la manera en que P. experimenta al mundo y a sí mismo. También habrían dificultado en la temprana infancia de P. la construcción de un objeto interno bueno que sirviera a su yo frágil como un núcleo para poder integrarse de una mejor manera y que le hubiera permitido tolerar mejor la propia agresión sin proyectarla (Ver Hinshelwood, 1989, p. 209).

Klein tiende a dar mayor importancia a los factores internos, como la intensidad de la pulsión de muerte, de la angustia y la agresividad innatas que a los factores externos como la frustración real, en la construcción de las experiencias del sujeto. Bleichmar y Leiberman dicen sobre esto:

> Klein dice que los factores externos son muy importantes desde el comienzo, ya que toda experiencia buena fortalece la confianza en el objeto bueno externo y todo estímulo del temor, por el contrario, refuerza los mecanismos esquizoides, perturbando el progreso de dicha integración; es

> indudable, sin embargo, que en el conjunto de su teorización da más importancia a los factores intrínsecos en el individuo, determinados por la lucha de sus pulsiones, que a los de índole externa. (Bleichmar y Leiberman, 1989, p.113)

Si el factor preponderante es la lucha pulsional, quedaría por explicar de qué manera se pude intervenir en ella en el proceso terapéutico. Dado que la intensidad de las pulsiones es fundamentalmente constitucional, habría que explicar cómo puede propiciarse la construcción de un objeto interno bueno que permita a P. tolerar las angustias de desintegración y sus sentimientos de odio. Me parece que sólo queda la alternativa de recurrir a tres factores: el vínculo terapéutico, procesos psíquicos de elaboración y la libertad individual.

Estos tres factores son reconocidos por Klein. El primero es trabajado en la interpretación de la transferencia. Sin embargo, Klein da un significado diferente al vínculo psicoanalítico que el otorgado por ejemplo por D. Winnicott. Mientras que Klein da menos importancia a los factores ambientales, Winnicott tendería a poner el acento en ellos, de tal manera que el vínculo terapéutico no consistiría solamente en la interpretación de la transferencia, sino fundamentalmente en el intento de subsanar las carencias de la infancia. (Ver, *ibid*. p. 113)

El segundo factor es atendido en el modelo kleiniano mediante la interpretación que tienda a explicar, por ejemplo, la deformación que el sujeto hace de la realidad al proyectar sus propios sentimientos agresivos, o al buscar que el sujeto integre los objetos disociados bueno-malo, en objetos totales que no son ni todos buenos ni todos malos, sino que contienen tanto rasgos positivos como negativos. En el caso de P., la integración de los objetos parciales permitiría que tendiera menos a la idealización de sus objetos amorosos y que se devaluara menos a sí mismo.

El tercer factor es también asumido, pues sin libertad de elección no hay posibilidad de cambio.

Como puede observarse, la idealización es un proceso que no puede abordarse de manera aislada, sino que al ser una pieza en la dinámica del

psiquismo, requiere del análisis de otros factores que están engarzados con ella. Esto vale tanto para el modelo freudiano como para el kleiniano.

REFERENCIAS.

Bleichmar, N. y Celia Leiberman (1989). *El psicoanálisis después de Freíd*. México, Eleia editores.

Freud, S. (1914). *Introducción al narcisismo en Obras Completas.* Argentina, Vol. XIV, pp. 65-98. Amorrortu editores.

(1921), *Psicología de las masas y análisis del yo en Obras Completas.* Argentina. Vol. XVIII, pp. 63-136. Amorrortu editores.

Hinshelwood, R.D. (1989). *Diccionario del pensamiento kleiniano*, Argentina, Amorrortu editores.

Kohut, H. (1986), *¿Cómo cura el análisis?*. Argentina, Paidós.

Segal, H. (1977). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Argentina, Paidós.